

**CIENCIA  
FICCION**

**20**

**SELECCION ESPECIAL**



Esta antología recoge los relatos aparecidos en el número especial de la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, conmemorativo de su 20 aniversario.

La selección —verdaderamente excepcional— que ahora ofrecemos, reúne pequeñas obras maestras de los más prestigiosos escritores de la literatura de anticipación: Isaac Asimov, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Larry Niven, Brian W. Aldiss y otros.

## Contenido

Presentación: *Progreso y «calidad de la vida»*, Carlo Frabetti.

*Intuición femenina (Feminine Intuition)*, Isaac Asimov, 1969.

*No vengas a mí en el blanco invierno (Come Me not in the Winter's White)*, Harlan Ellison & Roger Zelazny, 1969.

*La hormiga eléctrica (The Electric Ant)*, Philip K. Dick, 1969.

*Un cetro final, una corona duradera (A Final Sceptre, A Lasting Crown)*, Ray Bradbury, 1969.

*El suave dilema (The Soft Predicament)*, Brian W. Aldiss, 1969.

*El hombre que aprendió a amar (The Man Who Learned Loving)*, Theodore Sturgeon, 1969.

*¡Coge un caballo! (Get a Horse!)*, Larry Niven, 1969.

# PRESENTACIÓN

## SF y parapsicología

*En qué medida el llamado progreso se traduce en una mejora efectiva de las condiciones de vida, es algo que no parece estar muy claro en los últimos tiempos, suponiendo que alguna vez lo estuviera.*

*Desde los que opinan que «cualquier tiempo pasado fue mejor» hasta los entusiastas acérrimos e incondicionales del avance tecnológico, existe al respecto una amplia gama de posturas y opiniones.*

*La SF<sup>[1]</sup>, que nació —allá por los años veinte— precisamente como respuesta cultural a un progreso tecnológico cada vez más acelerado y de extraordinario poder transformador, no podía dejar de plantearse una cuestión que está en su misma base como género.*

*Así, autores que contemplan confiada y un tanto acriticamente nuestro futuro tecnológico, como Asimov, han imaginado un mundo donde la tecnología avanzada es la dócil servidora del hombre. Su famosa y optimista serie robótica —de la que en la presente antología se incluye la última muestra— da buena fe de ello.*

*Otras veces la SF aborda el tema de la ciencia como mejoradora de la calidad de la vida desde un punto de vista que podríamos llamar fáustico (al fin y al cabo, la ciencia tomó el relevo de la alquimia en la búsqueda de la panacea*

y la piedra filosofal). Es el caso del protagonista del relato de Ellison-Zelazny, que utiliza la ciencia para intentar vencer al tiempo y al destino.

Y la nostalgia no podía estar ausente en una literatura que se preocupa por las transformaciones sociológicas que la tecnología conlleva. En el relato de Bradbury, aquí incluido, se manifiesta el sentido elegíaco de casi toda su obra, melancólico homenaje a las cosas y los tiempos que el progreso condena a un irreversible olvido.

Pero tal vez la SF más interesante sea aquella que, más que regocijarse o lamentarse solapadamente por el avance tecnológico, intenta analizar críticamente sus repercusiones psico-sociológicas, como *El suave dilema*, o la trama de intereses creados que desvían el progreso lejos y a menudo en contra del bien común. Es el caso de la historia de aquel hippy genial que —vean cuán lejos puede llegar la fantasía de un autor de SF— para aprender a amar tuvo que colgar su guitarra (afinada como un laúd) y ponerse corbata.

CARLO FRABETTI

# INTUICIÓN FEMENINA

Isaac Asimov

*A los hombres siempre les ha costado admitir la inteligencia en la mujer, y ya no digamos su eventual superioridad.*

*En este delicioso relato de Asimov, que entronca con su famosa serie robótica (Yo, robot, El descanso del robot, etc.), aparece de nuevo la genial rebopsicóloga Susan Calvin, para darnos una lección de capacidad deductiva digna de Sherlock Holmes, en un misterioso caso relacionado con un robot dotado de... intuición femenina.*

Las tres leyendas de la robótica:

1. Un robot no puede jamás dañar a un ser humano ni, debido a la inacción, permitir que un ser humano sufra daño alguno.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando tales órdenes contradicen la primera ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia mientras tal autoprotección no contraiga la primera ni la segunda ley.

Por primera vez en la historia de la United States Robots and Mechanical Men, Inc., un robot quedó destruido por accidente en la misma Tierra.

Nadie tuvo la culpa. El vehículo aéreo se destruyó en pleno vuelo, y un incrédulo comité investigador estuvo a punto de anunciar que había encontrado pruebas de que había chocado con un meteorito. Ninguna otra cosa hubiese podido ser lo bastante rápida para impedir el alejamiento automático de la nave de la trayectoria de peligro; ninguna otra cosa hubiera provocado los daños de una explosión nuclear, y esto no tenía vuelta de hoja.

Unamos esto a un informe referente a un relámpago en el firmamento nocturno poco antes de estallar el vehículo (señalado por el observatorio Flagstaff y no por ningún aficionado), y la localización de un fragmento aerolítico auténtico y de gran tamaño, de carácter férrico, caído recientemente a dos kilómetros del lugar de referencia, y ¿a qué otra conclusión podía llegarse?

Sin embargo, jamás había sucedido nada semejante, y los cálculos de probabilidades en contra alcanzaban cifras monstruosas. A pesar de todo, a veces ocurren estas improbabilidades tan colosales.

En las oficinas de la United States Robots, los cómo y por qué eran algo secundario. Lo cierto era que un robot había sido destruido.

Lo cual, en sí, era perturbador.

El hecho de que el JN-5 fuese un modelo, el primero después de cuatro ensayos anteriores colocado en el campo de acción, aún resultaba más perturbador.

El hecho de que el JN-5 fuese un robot de tipo nuevo y completamente distinto a todos los construidos antes, era ya tremendamente perturbador.

El hecho de que, al parecer, el JN-5 hubiese realizado antes de su destrucción algo que poseía una importancia incalculable, y que dicha realización pudiera perderse ahora para siempre, colocaba dicha perturbación más allá de cualquier posible calificativo.

Y apenas vale la pena mencionar que junto con el robot, también había muerto el jefe robopsicólogo de United States Robots.

Clinton Madarian había ingresado en la empresa diez años antes. Durante cinco de esos años había trabajado sin queja alguna bajo la gruñona supervisión de Susan Calvin.

La inteligencia de Madarian resultó obvia, y Susan Calvin le ascendió calladamente por encima de empleados más antiguos. De todos modos, tampoco se hubiera dignado dar las razones de tal ascenso al director de investigaciones, Peter Bogert, aunque en realidad no fue necesario. Las razones eran muy claras.

Madarian era, en varios aspectos, el reverso total de la célebre doctora Calvin. No era tan pesado ni grueso como su doble papada daba a entender, pero a pesar de ello, su

presencia resultaba ostensible, en tanto que Susan pasaba casi inadvertida. El rostro macizo de Madarian, su mata de cabellos rojizo-castaños, muy brillantes, su tez rubicunda y su vozarrón, su risa estruendosa y, por encima de todo, su irreprimible confianza en sí mismo, hacían que todo el mundo que se hallaba en la misma estancia que él pensase que allí faltaba espacio.

Cuando por fin Susan Calvin se retiró (rechazando por anticipado cualquier cosa parecida a una cena de homenaje que hubiesen podido proyectar en su honor con palabras tan firmes que ni siquiera se anunció su retiro a los nuevos servicios), Madarian ocupó su lugar.

Llevaba exactamente un día en su nuevo puesto cuando inició el proyecto JN.

Significó la mayor asignación de fondos para un proyecto que la United States Robots tuvo que aprobar, pero esta circunstancia fue algo que Madarian descartó con un movimiento genial de su mano.

—Vale hasta el último centavo de su coste, Peter —manifestó—, y espero que usted convenza de esta verdad a la Junta Directiva.

—Deme a conocer sus motivos —pidió Bogert, preguntándose si Madarian accedería a dárselos a conocer, ya que Susan Calvin jamás lo hizo.

Pero Madarian asintió.

—Seguro —dijo, instalándose cómodamente en el amplio sofá del despacho de dirección.

Bogert contempló a su interlocutor casi temeroso. Su antiguo pelo negro era ya casi blanco, y diez años más tarde seguiría a Susan en el retiro. Lo cual significaría el final del equipo que había convertido la empresa United States Robots en una firma famosa en todo el globo y rival de los gobiernos nacionales por su complejidad e importancia. En realidad, ni él ni quienes habían desaparecido antes se habían nunca dado cuenta de la enorme expansión de la empresa.

Pero ésta era una nueva generación. Y los nuevos hombres se sentían a gusto con el coloso. Carecían del toque de lo maravilloso que les hubiese mantenido andando de puntillas con incredulidad. Ahora avanzaban al frente, lo que era algo estupendo.

—Me propongo empezar la construcción de robots sin limitaciones —explicó Madarian.

—¿Sin las tres leyes? Seguramente...

—No, Peter. ¿Sólo puede pensar en esas limitaciones? Diantre, usted contribuyó al planteamiento de los primitivos cerebros positrónicos. ¿Tendré que recordarle que, aparte de las tres leyes, no existe una sola circunvolución en esos cerebros que no haya sido cuidadosamente trazada y fijada? Nosotros tenemos robots proyectados para tareas específicas, implantadas con capacidades más específicas todavía...

—Y usted propone...

—Que a todos los niveles situados debajo de las tres leyes, las circunvoluciones tengan los extremos abiertos. No es difícil.

—De acuerdo, no es difícil —repitió Bogert, con sequedad—. Las cosas inútiles nunca lo son. Lo difícil es fijar las circunvoluciones y hacer que el robot sea útil.

—Nosotros lo hacemos innecesariamente difícil. Fijar las circunvoluciones requiere mucho esfuerzo debido a que el principio de incertidumbre es importante en partículas de la masa de positrones, y usualmente pensamos que el efecto de inseguridad debe ser reducido al mínimo. Y sin embargo, ¿por qué ha de ser así? Si conseguimos que el principio sea importante en la medida necesaria para que pueda cruzar las circunvoluciones imprevisibles...

—Tendremos un robot imprevisible.

—Tendremos un robot *creador* —replicó Madarian, con una nota de impaciencia en su voz—. Peter, si un cerebro humano tiene algo de que carecen los cerebros robóticos es esa huella de imprevisibilidad que procede de los efec-

tos de incertidumbre existentes a nivel subatómico. Admito que este efecto no ha quedado jamás demostrado experimentalmente dentro del sistema nervioso, pero sin esto el cerebro humano no es, en principio, superior al robótico.

—Y usted cree que si introduce este efecto en el cerebro robótico, el cerebro humano, en principio, no será superior a aquél.

—Esto —afirmó Madarian— es exactamente lo que creo.

La discusión prosiguió durante largo rato.

La Junta Directiva no tenía intenciones de dejarse vencer.

Scott Robertson, el mayor accionista de la empresa, dijo:

—Ya resulta bastante difícil dirigir la industria robótica tal cual es actualmente, con la hostilidad pública hacia los robots siempre a punto de declararse de un modo abierto. Si ahora la gente se entera de que los robots serán incontrolables... ¡Oh, no me vengan con el cuento de las tres leyes! El hombre de la calle no creerá que dichas leyes puedan protegerle cuando escuche el calificativo «incontrolable».

—Entonces, no lo empleen —objetó Madarian—. Llámennlo robot... digamos, robot «intuitivo».

—Un robot intuitivo... —comentó alguien—. ¿Un robot femenino?

La sonrisa dio la vuelta a la mesa.

Madarian se asió a esta tabla de salvación.

—Exacto, un robot femenino. Nuestros robots, claro está, son asexuados, como lo será éste, pero nosotros siempre los consideramos masculinos. Les damos nombres y apelativos masculinos, y los llamamos «él». Bien, éste, si consideramos la estructura matemática del cerebro que les propongo, entrará de lleno en el sistema coordinado JN. El

primer robot podría ser el JN-1, y supongo que deberíamos llamarlo John-1. ¡Oh!, temo que éste sea el promedio de originalidad del robotista normal. Pero, ¿por qué no llamarlo Jane-1, maldita sea? Si el público ha de enterarse de nuestros planes, que sepa que estamos fabricando un robot femenino con intuición.

Robertson sacudió la cabeza.

—¿Cuál sería la diferencia? Usted dice que desea eliminar la última barrera que, en principio, mantiene al cerebro robótico en un nivel inferior al humano. ¿Cuál supone que sería la reacción del público ante esta novedad?

—¿Acaso planea dar a conocer esta idea al público? —opuso Madarian. Meditó unos instantes y añadió—: Oigan: el público, en general, cree que las mujeres no son tan inteligentes como los hombres.

Las expresiones aprensivas se dibujaron en el rostro de más de uno de los que estaban sentados a la mesa, y también se produjeron algunas miradas de soslayo, como si Susan Calvin todavía ocupase su sitio de costumbre.

—Si anunciamos un robot femenino —continuó Madarian—, lo que sea en realidad no tendrá importancia. El público supondrá automáticamente que es un robot mentalmente torpe. Anunciaremos al robot como Jane-1, y no diremos nada más. Así estaremos a salvo de críticas y temores.

—En realidad —adujo Peter Bogert—, hay algo más, caballeros. Madarian y yo hemos estudiado concienzudamente la parte matemática, y las series JN, fuesen de John o de Jane, serían muy seguras. Efectivamente, resultarían menos complejas y menos capaces intelectualmente, en un sentido ortodoxo, que muchas otras series que hemos diseñado y construido. Sólo tendrían de más el factor de... bueno, podemos acostumbrarnos a llamarlo el factor «intuitivo».

—¿Quién sabe lo que haría! —murmuró Robertson.

—Madarian sugirió una de las cosas que podría hacer. Como todos saben, el salto espacial está desarrollado en

principio. A los hombres les resulta posible alcanzar lo que es en realidad la hipervelocidad superior a la de la luz y visitar otros sistemas estelares, regresando en un mínimo de tiempo..., a lo sumo unas semanas.

—Lo cual no es ninguna novedad —le interrumpió Robertson—. Pero no podría llevarse a cabo sin robots.

—Exactamente, lo cual no nos sirve de nada, toda vez que no podemos utilizar la hipervelocidad salvo como demostración, según ya hicimos en cierta ocasión para acreditar a nuestros robots..., si bien no consiguieron demasiado crédito, pese a ello. El salto espacial es arriesgado; es un despilfarro de energía y, por tanto, tremendamente caro. Si pese a todo lo llevásemos a cabo, sería algo excelente poder anunciar la existencia de un planeta habitable. Llamémoslo necesidad psicológica. Si gastamos veinte mil millones de dólares en el salto espacial y no proporcionamos al público más que datos científicos, la gente querrá saber por qué hemos tirado el dinero. En cambio, demos la noticia de la existencia de un planeta habitable y seremos un Colón interestelar, y nadie se preocupará por el dinero.

—¿Y bien...?

—Pues bien, ¿dónde encontraremos un planeta habitable? Dicho de otro modo: ¿qué estrella dentro de nuestro teórico alcance en el salto espacial, cuál de las trescientas mil estrellas y sistemas estelares dentro de un radio de trescientos años-luz tiene la mayor probabilidad de poseer un planeta habitable? Poseemos una enorme cantidad de datos y detalles respecto a cada una de las estrellas en un radio de trescientos años luz de nuestra zona de radio y la noción de que casi cada una posee un sistema planetario. Pero ¿cuál tiene un planeta habitable? ¿Cuál debemos visitar? Lo ignoramos.

—¿Cómo nos ayudaría ese robot Jane? —quiso saber uno de los directivos.

Madarian iba ya a contestar, pero prefirió hacer una seña a Bogert, y el otro comprendió. El director aportaría más

peso a la cuestión. A Bogert no le entusiasmaba particularmente la idea de Madarian; si las series JN resultaban un fracaso, estaba defendiéndolas excesivamente como para que las críticas no le alcanzaran de lleno. Por otra parte, su retiro ya no estaba lejos, y si el proyecto tenía éxito, él lo graba el aplauso general. Tal vez fuese sólo por el aura de confianza que irradiaba Madarian, pero Bogert creía honradamente que el proyecto triunfaría.

—Es posible que entre los centenares de datos que poseemos sobre esas estrellas —explicó— haya métodos para calcular las probabilidades de la presencia de planetas habitables del tipo de la Tierra. Lo único que necesitamos es interpretar debidamente dichos datos, estudiarlos de forma creadora y apropiada, y establecer las correlaciones debidas. Cosa que aún no hemos hecho. O, si algún astrónomo lo ha logrado, no ha tenido la suficiente inteligencia para comprender lo conseguido.

Bogert hizo una leve pausa.

—Un robot tipo JN podría establecer dichas correlaciones con más rapidez y precisión que un ser humano. En un día, examinaría y descartaría tantas correlaciones como un hombre en diez años. Además, trabajaría totalmente al azar, en tanto que un hombre tendría ideas preconcebidas relacionadas con sus propias creencias.

Tras estas palabras se produjo un largo silencio.

—Pero sólo se trata de una probabilidad, ¿eh? —masculó finalmente Robertson—. Supongamos que el robot anunciara: «El planeta con mayores posibilidades de habitabilidad dentro de un radio de X años-luz es Squidgee-17», o lo que sea, y que nosotros fuésemos allí y encontrásemos que la probabilidad no era más que una probabilidad, y que no existen planetas habitables. ¿Cómo quedaríamos ante el público?

Madarian intervino en esta ocasión.

—Aún ganaríamos algo. Sabríamos cómo había llegado el robot a sus conclusiones porque... nos lo diría. Y esto

nos ayudaría a obtener mayores datos astronómicos y a que el proyecto fuese positivo, aunque no efectuásemos el salto espacial. Además, podríamos calcular los cinco emplazamientos más probables de planetas habitables, y la probabilidad de que uno de los cinco poseyese uno sería superior al noventa y cinco por ciento. Sería casi seguro que...

Esta discusión también se prolongó largo tiempo.

Los fondos concedidos resultaron insuficientes, pero Madarian contaba con la costumbre de pedir más créditos para salvar el dinero ya gastado. Con doscientos millones casi perdidos, cuando otro millón podía salvarlo casi todo, seguramente votarían la concesión del nuevo millón.

Finalmente, Jane-1 quedó construida y a punto para ser exhibida. Peter Bogert la estudió con toda seriedad.

—¿Por qué esa cintura estrecha? —preguntó—. Con toda seguridad, esto significa una debilidad mecánica.

—Oiga —rió Madarian—, si hemos de llamarla Jane, de nada sirve que se parezca a Tarzán.

—No me gusta —sacudió Bogert la cabeza—. Luego, usted querrá darle la prominencia del busto, lo cual es una idea excesivamente inadecuada. Si las mujeres empiezan a ver que los robots se les parecen, puedo asegurarle que sus pensamientos serán perversos respecto a nosotros, y que conseguiremos una verdadera hostilidad por su parte.

—Quizá tenga razón —asintió Madarian—. Ninguna mujer querrá pensar que un robot, sin ninguno de sus defectos, la sustituya. De acuerdo.

Jane-2 no tenía la cintura de avispa. Era un robot sombrío, que casi nunca se movía ni hablaba.

Madarian apenas había molestado a Bogert con noticias respecto a su construcción, lo cual era señal segura de que